

sangrientos leones á cebarse en la sangre de tanto cordero inocente. Corren aquí y allí los desapiadados ministros imperiales esgrimiendo las espadas, y bañándose con la sangre de las sagradas víctimas. A unos les cortan la cabeza, á otros les traspasan el corazón, y á otros les truncan y despedazan de mil diferentes modos. El anciano venerable exhala su débil aliento fortaleciendo á los demás, y exhortándolos á morir como verdaderos cristianos. El esposo muere en los brazos de la esposa, traspasándoles una misma espada los dos corazones á un tiempo. El niño muere en los mismos brazos de su madre, y apenas ha mamado la leche de sus pechos, cuando ya la está vertiendo hecha sangre por Jesucristo. Jamás se ideó proyecto que lograrse su efecto mas completamente, ni que fuese puesto por obra con mayor prontitud y perfeccion. En poco tiempo se vió todo el campo cubierto de cadáveres, y andar vagando los inicuos ministros con las espadas desnudas sin tener ya objeto alguno en que emplearlas. Quedó el inicuo juez sumamente ufano, pensando que habia conseguido una grande victoria, y que habia esterminado de Zaragoza los cristianos de aquel modo. Pero su misma conciencia hacia traicion á sus deseos, y le hacia ver con una esperiencia continuada, que era mas fácil que se le acabase á la gentilidad la tiranía para perseguir á los cristianos, que á estos constancia y valor para sufrir sus persecuciones. Asimismo habia visto por repetidas esperiencias, que los cristianos muertos de aquella manera eran como una semilla fecunda, que producía ciento por uno, y que sería muy posible, que cuando él se imaginaba haber arrancado de Zaragoza las últimas raíces del Evangelio, estas se hubiesen quedado mas profundamente asidas en los pechos de algunos cristianos ocultos. Temió, pues, que no faltarian algunos que recogiesen aquellos sagrados cadáveres, y depositándolos en lugares muy honrados y ocultos, les diesen un culto y veneracion que negaban á sus dioses.

Por esta causa inventó otro ardid no menos cruel é impío que el primero. Mandó que se juntasen en un monton los innumerables cadáveres de los esforzados soldados que habian dado su vida por Jesucristo, y poniendo al rededor de ellos la leña y combustibles necesarios, se hiciese una grande hoguera, de manera que quedasen todos reducidos á cenizas. Pero ni aun con esto descansaban los rezelos de su corazón maligno. Habia usado de todos los ardidés que le habia sugerido su diabólica astucia para que no quedase cristiano con vida: tenia mandado que los cadáveres de los mártires se redujesen á polvo para impedir que pudiesen ser venerados; y no contento con esto, mal seguro toda-

via, manda que saquen de las cárceles los reos mas facinerosos, y que matándolos, mezclen sus cuerpos con los de los cristianos, y así confundidos sean todos convertidos en cenizas. Lisonjeábase su infernal astucia de que siendo imposible la separacion de las cenizas de los cristianos y de los malhechores, los mártires quedarian sin culto por no esponerse al peligro de dar la misma veneracion á las reliquias de los facinerosos. Ejecutóse este decreto impío; pero Dios contra cuyo poder y sabiduria no hay consejo que prevalezca, aseguró para siempre el honor de los que le habian sacrificado su vida con un prodigio que ha sido la admiracion de su siglo y de los que le han sucedido. Las cenizas correspondientes á las reliquias de los santos mártires se separaron de las de aquellos facinerosos que habian muerto por sus delitos, y de ellas se formaron unas masas de una blancura tan extraordinaria, que daban á entender muy bien la pureza de las almas que las habian habitado, y la inmarcescible de que ya estaban gozando en premio de su triunfo. El miedo con que entonces vivian los cristianos no les permitió otra cosa que el tomar con veneracion aquellas masas sagradas, y colocarlas en un lugar subterráneo en el campo, en donde estuvieron privadas del culto público todo el tiempo que duró la borrasca de las persecuciones. Restituida la paz de la Iglesia en tiempo de Constancio por los años del Señor de 312, fabricaron los cristianos de Zaragoza una capilla subterránea, y en ella las colocaron junto con los diez y ocho santos mártires de los cuales hablamos el dia 16 de abril. Hoy dia se conserva esta capilla debajo de la iglesia de Sta. Engracia, como allí mismo en la historia de esta Santa se dijo. Muy de antiguo se llamó esta capilla la iglesia subterránea de las santas Masas, á la cual fueron muy aficionados y devotos muchos santos obispos de España, entre ellos S. Eugenio y S. Braulio. Las Actas atribuidas á S. Braulio, y diferentes Martirologios juntamente con el Romano celebran á estos santos Mártires con el titulo de *Innumerables*, tomando esta palabra en su propia y rigurosa significacion; en cuanto denota una gran muchedumbre que no puede reducirse á número fijo.

En la devastacion de España por los moros quiso la divina Providencia, que entre las iglesias que estos concedieron á los cristianos para el libre ejercicio de su religion, fuese una la de las santas Masas. De esta manera los Innumerables mártires de Zaragoza han recibido siempre el culto debido, y Dios ha manifestado por su intercesion á sus conciudadanos cuán gratas le son sus oraciones cuando le son presentadas por siervos tan amados.

SAN MALAQUÍAS, OBISPO Y CONFESOR.

SAN Malaquías, cuya vida escribió S. Bernardo, fué irlandés de origen, y sus padres muy distinguidos por la nobleza de su sangre, aunque la madre lo era mas por el resplandor de su virtud. Sabiendo muy bien la religiosísima señora lo mucho que prenden en el alma las primeras impresiones, aplicó el mayor cuidado á inspirar en la de su hijo las de una sólida piedad desde la misma cuna; y dejando á cargo de los maestros el cultivar su entendimiento con las letras humanas, ella tomó al suyo el amoldarle el corazón á los principios de la religion, logrando el consuelo de que dócil el tierno niño á uno y otro cultivo correspondieron sus progresos en la virtud y en las letras á los desvelos de sus maestros y á la vigilancia de su madre. Hizole dueño de los corazones de todos la suavidad de su genio, y sin dejar de ser niño, se notaba en él la prudencia y el juicio de un anciano, la pureza de un ángel, y la humildad de los santos; de manera, que en aquella tierna edad amaba la oracion, tomaba gusto al silencio, y el recogimiento era todo su atractivo. Meditaba con gusto en la ley santa del Señor, comia poco, se mortificaba mucho, ocupábale enteramente la presencia de Dios, y concurriendo algunas veces con su maestro á una casa de campo, la vista de la naturaleza le elevaba hasta poner los ojos del alma en su soberano Autor. Levantaba sus puras manos al cielo para que subiese hasta él el holocausto de su purísimo amor, y el cielo recibia con gusto un sacrificio tan puro. Aquellos grandes principios prometian grandes fines, y los fines correspondieron á aquellos grandes principios. Al paso que iba creciendo en edad, iba tambien recibiendo de Dios luces mas vivas, las que hicieron tanta impresion en su corazón, que al fin se resolvió á dejar el mundo.

Habia en la ciudad de Ardinaka un hombre, cuya penitente vida se hacia admirar de cuantos tenian noticia de su austeridad y de su virtud. Buscóle Malaquías con el fin de que le enseñase alguna regla para su direccion y gobierno personal. Asombró á todos la resolucion del generoso mancebo. Sentado humildemente á los pies de Imacio (así se llamaba su maestro), le enseñaba á obedecer, y obedecia. Hizo conquistas su obediencia: contentábanse antes todos con admirar la penitente vida de Imacio; pero cuando vieron que el tierno Malaquías profesaba tambien la misma, se esforzaron otros á imitarle; y él, que hasta entonces era el único hijo de su padre espiritual, en breve pasó á ser el pri-

mogénito de muchos hermanos; pero sosteniendo siempre el honor y el carácter de la primacia, menos por la anterioridad en la disciplina, que por la superioridad en las virtudes. Movido de esto el obispo, le ordenó de diácono á pesar de su modestia, que le obligaba á reputarse muy indigno del sagrado ministerio. Entró en él por la vocacion de Dios, y le desempeñó con su gracia. Propúsose por modelo á S. Estéban para las funciones del mismo ministerio, y copió perfectamente su inocencia, su zelo y su caridad. Teniendo á su cargo el cuidado de las viudas y de los huérfanos, veló en la conservacion de su vida: hizose agente de los pobres abandonados, y con sus propias manos enterraba á los muertos. Ni al nuevo Tobías le faltó materia en que ejercitar la paciencia. Tenia Malaquías una hermana, que no conociendo el valor de una obra de misericordia tan heróica, consuelo de los hombres y admiracion de los ángeles, la pareció que con ella afrentaba su familia; y un dia le trató de simple, diciéndole colérica, que *debía dejar á los muertos enterrar á los muertos*, abusando de las palabras del Evangelio para fomentar su vanidad; pero el siervo de Dios no hizo caso de ella: dejóla hablar, y prosiguió en sus buenas obras. La dignidad con que Malaquías desempeñaba las obligaciones del diaconato, era el mayor panegirico de su mérito, y como una voz que estaba pidiendo á gritos el sacerdocio. Todos hallaban en él aquella eminente virtud y aquellos grandes talentos que deben caracterizar á los sagrados ministros del altar; solo Malaquías se consideraba indigno del sagrado ministerio, y fué menester toda la autoridad de su obispo, y toda la veneracion que profesaba á los dictámenes de su director el bienaventurado Imar ó Imacio para renadirse á recibir el órden sacerdotal. Fué presbítero á los veinte y cinco años de su edad, dispensándose con él, en atencion al concepto de su eminente virtud y extraordinarios talentos, en la costumbre de aquel tiempo de no conferir el sacerdocio hasta haber entrado en los treinta.

Luego que Malaquías recibió la imposicion de las manos le encargó el obispo el cuidado de repartir al pueblo la palabra de Dios; y el nuevo predicador, poderoso en obras y en palabras, hizo en poco tiempo tanto fruto, que mudó de semblante toda la diócesi. Desarraigó del pueblo muchos vicios que parecia aspiraban á la prescripcion: corrigió innumerables abusos que presumian ya de legítima costumbre: restituyó la disciplina á su antiguo vigor, y con la pureza de costumbres restauró la fe en todo el obispado. Era elocuente, y predicaba con zelo y con visible mocion; pero lo que mas contribuia á las conversiones eran

sus ejemplos. Veian todos en el altar á un serafin , en la conversacion á un santo , y en el púlpito á un apóstol. Solo por motivo de caridad se dejaba ver en público: por lo demás toda su ocupacion particular era el estudio en la ciencia de los santos. Acompañaban todas sus acciones y palabras la dulzura , la mansedumbre , la mortificacion y la humildad ; y cedian todos los estorbos á la opinion de su virtud. Consiguió que en todas las iglesias de la ciudad y del obispado se cantase el oficio divino en las horas canónicas señaladas para eso ; ejemplo que imitaron presto todas las ciudades de Irlanda. No solo restituyó en ella el canto del coro , sino tambien el uso de los sacramentos , con otras devociones muy conformes al espíritu de la religion ; porque todas estas cosas (dice S. Bernardo) estaban lastimosa y estraordinariamente olvidadas en aquellos pueblos.

Viendo Malaquías las bendiciones que derramaba Dios sobre sus apostólicos trabajos , pero desconfiando siempre de sus propias luces en las saludables reglas que habia dispuesto para la reforma de las costumbres y para la restauracion de la disciplina eclesiástica , determinó hacer un viaje á Lesmor , para vivir algun tiempo á vista de Malech , obispo de la misma ciudad , reputado por uno de los mas sábios , mas prudentes y mas virtuosos preladados de su siglo. Con ocasion de su estancia en Lesmor conoció á Cormach , rey de Mamonía , que habiendo sido despojado de la corona por una tropa de sediciosos , solo pensaba en pasar el resto de su vida en el retiro de una soledad , á no haberse visto precisado á volver á ocupar el trono muy contra su inclinacion. Formó desde entonces el piadoso monarca tan elevado concepto de la eminente virtud de nuestro Santo , que no solo le miró toda la vida con particular veneracion , sino que le profesó tierna y estrecha amistad.

Estando en Lesmor tuvo noticia de la muerte de su hermana , aquella que tanto habia censurado su devocion y su retiro ; pero supó tambien que la muerte no se habia anticipado á su conversion. Mostróle Dios en sueños á su hermana , que poco á poco y como por grados iba saliendo de las penas del purgatorio , y avanzándose hacia el eterno descanso á proporcion de las oraciones y sufragios que el santo hermano ofrecia por ella. Pero lo que mas le colmó de gozo fué la conversion de su tio materno , abad comendatario de Benchot , en cuyo monasterio no habian quedado otras señales de su antiguo esplendor que la multitud de sus ricas posesiones. Movido el tio de la santidad del sobrino , renunció en él la abadía , desamparada totalmente de monges mucho antes de este tiempo ; pero dotada de pingües rentas que

habia empleado muy mal. Aceptó el Santo la abadía por consejo de su director el beato Imar : puso en ella monges , cuyo gobierno tomó á su cuidado , y aquel antiguo monasterio que de tiempo inmemorial habia decaido de su primitivo lustre , le recobró bajo la direccion de nuestro Santo , volviendo á ser el monasterio mas ejemplar y mas floreciente de toda Irlanda.

Era el ejemplo del superior como el alma de aquella fervorosa comunidad. En todos los ejercicios de la vida monástica se veia primero el abad. No era menester mas que verle para aprender : sus obras eran la regla viva ; sin mas que ver los monges al Santo , se hacian santos. Nunca se dispensó en el menor de los ejercicios : la única singularidad que se le notó , fué que era mucho mas austero consigo mismo de lo que prescribia el instituto. Però lo que daba mayor eficacia á sus palabras y á sus ejemplos , fué el don de milagros con que Dios le favoreció. Un albañil de los que trabajaban en la iglesia nueva del monasterio recibió inocentemente un golpe de hacha en el espinazo , á cuya violencia naturalmente habia de espirar : acudió el Santo á socorrerle , abrazóle , y en el mismo punto quedó sin lesion alguna ; pero todo el vestido hasta la carne quedó cortado para testimonio del milagro. Apoderóse de un monge un frenesí tan violento , que le hacia prorumpir en los escesos mas furiosos : hizo el Santo sobre él la señal de la cruz , y en el mismo instante quedó enteramente sano.

Habiendo muerto por este tiempo el obispo de Connerth , se unieron todos los votos del pueblo y del clero para colocar en su lugar á S. Malaquías. Su resistencia solo sirvió para encenderlos mas los deseos. Acudióse á la autoridad del beato Imar , su perpetuo director , y la de su metropolitano el arzobispo de Armagh , para vencer su repugnancia y su humildad. No le hicieron fuerza las razones , y fué menester echar mano del precepto. Mandósele obedecer , y el Santo , que era humilde porque era santo , obedeció. Fué consagrado á los treinta años de su edad , y aunque sintió todo el peso de la carga episcopal , cuyas obligaciones conocia , no se desalentó ; antes se esforzó á desempeñar dignamente todas las funciones de tan tremendo ministerio.

Luego que tomó posesion de su silla , reconoció en sus ovejas mas señales de gentiles que de cristianos , advirtiendo , como dice S. Bernardo , que mas venia á ser pastor de fieras que de hombres. Con efecto , los moradores de Connerth y de todo el obispado eran una gente feroz , que de tiempo inmemorial vivia casi sin religion. Su indocilidad , añadida á una brutalidad ge-

nial, habian desterrado del país todo socorro y asistencia espiritual. El obispo no lo era mas que de nombre: ni las ovejas conocian al pastor; ni el pastor á las ovejas, y viendo el pastor que no hacian caso de él, vivia siempre distante del rebaño. La mayor parte de las iglesias, ó demolidas ó profanadas; los sacramentos como abolidos por el no uso; de confesores y de penitencias no habia que hablar; si se hallaban algunos sacerdotes, estaban tan confundidos con los legos por las costumbres y por el traje, que se podia concebir como desterrado el sacerdocio. Reinaban en todas partes las supersticiones, y al lado de ellas todos los vicios. Era universal la ignorancia, pudiéndose decir, que en Connerth solo habia quedado una sombra del cristianismo, ó un como esqueleto de religion. Este fué el campo que tuvo que desmontar el nuevo obispo. Animado de un zelo verdaderamente apostólico, no le acobardó el trabajo, aunque se le representó tan pesado, tan duro y tan ingrato. Hicieron cuanto pudieron para intimidar, para disgustar, y aun para cansar su zelo; pero todo inútilmente. El primer cuidado del santo pastor fué ganar el rebaño, ó á lo menos domesticarle con su mansedumbre y con su paciencia. Muchas veces fué despreciado, maltratado, y aun corrió riesgo su vida; pero nada entibiaba su ardiente caridad. Manteníase intrépido en medio de los lobos, trabajando cuanto podia por convertirlos en ovejas. Sin dársele nada de su fiereza, ni de su rusticidad, los enseñaba en público, y los corregia en secreto. Cuando veia frustradas todas sus industrias y trabajos acudia á las lágrimas que derramaba por ellos en la presencia de Dios, pasando muchas noches enteras en oracion para ablandar su piedad en favor de su pueblo. Iba por las calles y por las plazas públicas en busca de los que huian de oír su voz en la iglesia, espuesto á la gritería y á los escarnios de un pueblo brutal. Andaba de aldea en aldea y de choza en choza con intolerables trabajos para distribuir á ingratos, y no pocas veces á sordos, el pan de la divina palabra, y hacia todos estos viajes á pié á imitación de los antiguos apóstoles. Salieron en fin victoriosas, á pesar de todo el infierno, su paciencia y su constancia. Domesticóse la ferocidad de aquellos pueblos: ablandóse la dureza de aquellos insensibles corazones: moviéronse á vista de la perseverancia de su zelo en medio de tantos trabajos: admiraron aquella invariable mansedumbre entre los mas enfadosos contratiempos, y su cristiana paciencia entre las injurias mas amargas. Fueron poco á poco acostumbrándose á oír la voz de su pastor: amáronle, siguiéronle, y aquel pueblo, hasta entonces intratable, se hizo capaz de instruccion y de disciplina. Resta-

bleció el orden en todas las cosas: edificáronse iglesias, celebróse en ellas el divino sacrificio, cantáronse regularmente las horas canónicas, frecuentáronse los sacramentos, volvió la religion á su primer esplendor, y ocuparon los ejercicios devotos el lugar que ocupaban hasta entonces las impias y gentílicas supersticiones. El amancebamiento cedió á la santidad del matrimonio, recobraron su primer vigor las sagradas leyes, y de todas partes se desterraron los abusos. Restituido el clero secular y regular á su primitivo esplendor, revivió la piedad, y en menos de dos años mudó de semblante todo el país; de manera, añade S. Bernardo, que se podia decir de aquel pueblo lo que dijo Dios por el profeta Oseas: *El que antes no me conocia, se hizo ya pueblo mio.*

Tardó poco el Señor en acrisolar aquella nueva iglesia con una dura prueba, queriendo que purgase al mismo tiempo los desórdenes pasados. Obedecia la Irlanda á la sazón á cuatro ó cinco reyes. El que reinaba en la parte septentrional de la isla entró en el obispado de S. Malaquias, se apoderó de la ciudad episcopal, arruinó y asoló toda la campaña. Vióse precisado nuestro Santo á refugiarse con ciento y veinte de sus monges en los estados de Cormach, rey de Mamonia, á quien habia tratado en Lesmor. Conservábale el piadoso monarca una particular estimacion, con una tierna amistad; y recibíendole debajo de su proteccion con el mayor gozo, le consignó cierta posesion, con una considerable suma de dinero, para que fundase el monasterio, que se llamó de Brachi, recogiendo en él todos sus monges, y el mismo rey se retiraba á él de cuando en cuando por muchos dias para vacar únicamente al negocio de su salvacion, bajo la direccion de nuestro Santo, preciándose de ser discípulo suyo.

Enfermó gravemente por este tiempo Celso, arzobispo de Armach, y primado de Inglaterra, y hallándose cercano á la muerte, declaró al pueblo y al clero que no conocia otro sugeto mas digno de sucederle que el obispo Malaquias. Clérigos y seculares, grandes y plebeyos, todos á una voz aplaudieron los deseos del primado, y á pesar de la resistencia del Santo, fué colocado á la frente de todo el clero de Irlanda. Por cierta especie de abuso y de relajacion inaudita se hallaba invadida la silla primacial por algunos intrusos que no eran siquiera sacerdotes; y cierta familia de las primeras de la isla habia hecho como hereditaria en su casa aquella dignidad, tanto que sucesivamente la habian ocupado catorce ó quince generaciones de la misma casa: desorden que por espacio casi de dos siglos habia causado la ruina de la

disciplina eclesiástica, y punto menos que el estermínio de la religion en toda Irlanda. Conociólo así el arzobispo Celso, y por eso como hombre bueno y timorato puso los ojos en S. Malaquías, pareciéndole que solo él era capaz de resucitar la piedad que S. Patricio, apóstol de toda la isla, habia introducido en ella.

Aunque era tan trabajosa aquella primera dignidad, el nombre solo de primado sobresaltó la profunda humildad de Malaquías; y fueron menester todas las instancias del beato Malch, obispo de Lesmor, íntimo amigo suyo, y toda la autoridad de Gilberto, legado de la santa Sede, para reducirle á que le aceptase, y aun así no cedió hasta que se le amenazó con excomunion. Pero habiendo entendido que cierto Mauricio, de la familia de aquellos que se soñaban arzobispos hereditarios, se portaba como tal, añadió á su aceptación dos condiciones: la primera, que no habia de entrar en la ciudad metropolitana hasta que muriese ó se retirase el usurpador, temiendo ocasionar algun alboroto ó acaso la muerte de alguna oveja suya, cuando solicitaba dar á todas la salvacion y la vida. La segunda, que si con el tiempo se lograba restituir la paz y la tranquilidad en el arzobispado, se habia de colocar en él á otro mas digno, permitiéndole á él retirarse á cuidar y á vivir con su primera esposa.

Hecho ya S. Malaquías primado de toda Irlanda, muy en breve mudó de semblante todo el país. Aboliéronse los abusos, restablecióse el culto divino, reformóse el clero, y volvió á florecer la religion y la piedad en toda la isla. Pero no consiguió esto sin padecer mucho, aunque es verdad que Dios se declaró visiblemente por él con no pocas maravillas.

Cierto señor, de la familia de los usurpadores, le convidó á su casa con intento de matarle; pero luego que el Santo se dejó ver en su presencia, llenó de confusion y de respeto el usurpador, se arrojó á sus pies, le declaró su mal intento, le pidió perdon, é imploró sus oraciones. Otro que no perdía ocasion, corrillo, ni concurrencia en que no despedazase el crédito del Santo con todo género de calumnias, fué horriblemente castigado, porque inflamándose de repente la lengua, y llenándose de asquerosos gusanos, dentro de siete dias murió miserablemente. En fin, otra señora de la misma familia, que estando el Santo predicando, tuvo aliento para interrumpirle, tratándole de hipócrita y de usurpador de bienes ajenos, en el mismo punto fué asaltada de un frenesí tan furioso, que espiró esclamando que perdía la vida en castigo de su desenfadada temeridad. A vista

de los horribles castigos con que Dios escarmentaba á los enemigos del Santo, y de los milagros que obraba, cesó el cisma, y sucedió á él la paz y la tranquilidad, que en poco tiempo restituyeron su posesion á la antigua piedad y á su primitivo esplendor la religion.

Viendo S. Malaquías que todo estaba tranquilo y todas las cosas en su lugar, solo pensó en poner en ejecucion la segunda condicion con que habia aceptado el arzobispado de Armach; y convocando al clero y al pueblo, hizo formal dimision de él disponiendo que fuese elegido un sugeto muy digno, llamado Gelasio. No es fácil explicar la general consternacion de todo el rebaño cuando oyó la renuncia del pastor. Consagrado Gelasio, se restituyó S. Malaquías á su primera iglesia, dando nueva prueba de su humildad y de su desinterés; porque informado de que la ambicion de sus predecesores habia unido dos obispados en uno, quiso absolutamente que se dividiesen; y dejando al futuro obispo la ciudad y territorio de Connerth, él fué á residir á Downe, diócesi mucho mas pobre y mucho menos considerable, donde fundó una catedral de cánónigos reglares, cuyo superior y modelo quiso él mismo ser.

Para proceder en todo con mayor seguridad le pareció al santo obispo que debia solicitar la aprobacion de la Silla apostólica, y resolvió pasar á Roma personalmente para negociar con el papa que confirmase todo lo que habia hecho, así en la metrópoli de Armach, como en la division de los dos obispados de Connerth y de Downe. Partió, pues, á pié y en secreto, acompañado de algunos discípulos, y haciendo todo lo posible para no ser conocido; pero habiendo llegado á York, le descubrió con mucho estrépito un gran siervo de Dios llamado Sicar, que tenia don de profecía. Al pasar por Francia quiso tener el consuelo de conocer de vista á S. Bernardo, cuya fama habia penetrado hasta Irlanda; y dirigiéndose á Claraval, fué recíproca la admiracion y la alegría. Malaquías encontró en el santo abad muchos mas talentos, muchas mas virtudes que las que publicaba la fama; y S. Bernardo descubrió en el santo obispo una santidad mas eminente, y muy superior á lo mucho que habia oido decir de ella. Ligaron desde entonces los dos Santos una estrechísima amistad, quedando S. Malaquías tan edificado y tan hechizado de lo que estaba viendo en Claraval, que desde luego hizo ánimo á renunciar su obispado, y retirarse á pasar allí el resto de sus dias. Arrancóse con gran dolor de aquel santo monasterio, y habiendo pasado los Alpes, entró en Roma, donde fué recibido con ternura y con veneracion del papa Inocencio II.

Confirmóle todo cuanto le propuso; pero cuando le tocó la renuncia del obispado, lejos de consentir en ella, le nombró por legado de la santa Sede en toda la isla de Irlanda. Púsole el papa su misma mitra en la cabeza; le regaló con la estola y manipulo, de que usaba su Santidad cuando oficiaba en los días solemnes, y colmándole de honores le volvió á enviar á su iglesia. Pasó segunda vez S. Malaquías por Claraval, y ya que no le fué posible excusar el dolor de no quedarse allí, se consoló con dejar cuatro discípulos suyos, los que mas amaba, para que se formasen en la escuela del santo abad, partiendo con un oculto presentimiento de que habia de venir á morir en aquel monasterio.

Aportó á Escocia el santo obispo, y pasando luego á besar al rey la mano, le halló muy afligido con el temor de perder al príncipe su hijo, que estaba peligrosamente enfermo. Pidióle el rey que hiciese oracion por él: hizola, y el príncipe quedó sano. Embarcóse de Escocia para Irlanda, y fué á tomar tierra en el monasterio de Bencor para que sus hijos espirituales fuesen preferidos en el gusto y en las gracias de su regreso. Desde el monasterio se comunicó la alegría á todas las regiones; pero el legado apostólico estaba tan muerto á sí mismo, que ni siquiera advertia en los honores que le tributaban: solo tomaba el gusto á una cosa, que era el que en todo se cumpliese la divina voluntad. En todas partes sembraba, para recoger en todas partes: no hubo rincón adonde no se estendiese su vigilancia pastoral: todo aquello en que ponía la mano se veneraba como obra de Dios, porque todas sus empresas eran dirigidas por el Espíritu Santo. Era tan abundante en él la gracia del ministerio, que resaltaba á lo exterior. La modestia parecia como retratada en su venerable rostro: no le cogieran en una palabra ociosa sus mayores enemigos: no notarian en él paso alguno que oliese á ligereza: nunca perdía la paz en medio de los mas graves y mas pesados negocios: á todo atendía; pero á solo Dios se entregaba. Por este medio se conservaba siempre tranquilo. Era tan de su gusto la pobreza, que ni siquiera tenia palacio episcopal: predicaba las mas veces sin interés; y á ejemplo del Apóstol con el trabajo de sus manos ganaba el pan para sí y para sus coadjutores en el sagrado ministerio. Hacia ordinariamente las visitas á pié, sin miedo de que se desluciese por eso la dignidad de legado apostólico. Así lo habia aprendido de los discípulos de Jesucristo; ejemplo tanto mas admirable en él, cuanto mas raro y menos imitado de otros. Siendo él mismo un prodigio de la gracia, ¿qué maravilla es le hubiese concedido Dios

la gracia de obrar prodigios? Obrábalos de todas especies: libraba á los energúmenos, sanaba á los frenéticos, hacia hablar á los mudos. Salía de él en abundancia la gracia de curaciones, y curaba las almas, igualmente que los cuerpos. Habia una mujer tan sujeta á los impetus de cólera, que era el mas vivo retrato de una furia; y no pudiendo sus hijos vivir mas en aquel infierno casero, la llevaron arrastrando á la presencia del santo obispo, el cual, como depositario de la mansedumbre de Jesucristo, no menos que de la vigilancia sobre su rebaño, tuvo lástima del infeliz estado en que se hallaba aquella pobre criatura. Retiróla aparte; preguntóla si habia hecho alguna buena confesion en su vida: respondióle que jamás habia tenido tal gana. Pues ahora la has de hacer, replicó el Santo; hizola, y el caritativo pastor, insinuando el espíritu de dulzura en aquella arrepentida pecadora, la mandó en penitencia que nunca se encolerizase, lo que ejecutó puntualmente. A la gracia de los milagros se le añadió el espíritu de profecía. Celebrando un día el santo sacrificio de la misa, conoció con luz sobrenatural que el diácono que le asistía se hallaba en mal estado. Concluido el sacrificio, le llamó á un lado, le preguntó lo que habia pasado por su alma: confesó el diácono humildemente su falta, y cumplió la penitencia que le impuso. A vida tan ejemplar solo faltaba una gloriosa muerte; logróla presto: habia vivido como los Santos, y murió como los Santos en la paz de Dios y en el ósculo del Señor. Dos cosas habia deseado: morir en Claraval, y morir el día de difuntos; ambas las consiguió. Obligáronle los negocios de la legacia á emprender segundo viaje á Roma, y despues de haber celebrado un concilio de los obispos de Irlanda, se puso en camino. Llegando á Claraval, aunque S. Bernardo se hallaba á la sazón sumamente débil por una grave enfermedad que habia padecido, le salió á recibir con todo el gozo que correspondia al recíproco amor que se profesaban. Abrazáronse tiernamente los dos Santos, porque no hay vínculo mas estrecho ni mas vivo que el de la caridad de Jesucristo, y todos los monges tuvieron parte en el gusto de su santo abad. Doblóse la alegría en aquel dichoso desierto con la presencia de S. Malaquías, y se pasaron cuatro ó cinco dias en regocijo universal. Cantó misa pontifical el día de S. Lucas; pero acabada la misa, cayó malo, y todos los monges con él, dice S. Bernardo, sucediéndose el dolor al regocijo. Todos á porfía acudieron á asistirle y á aliviarle: tomaba cuanto le daban; pero estaba muy seguro de que no habia de sanar de aquella enfermedad. Pidió la Estremauncion, y recibidos los sacramentos, se subió á la celda, y se volvió á la

cama, porque habia bajado á la iglesia en busca de la comunidad. Agravóse el mal hácia la noche, y mandó llamar á S. Bernardo, y vuelto á los circunstantes: *Con deseo, les dijo, he deseado celebrar esta pascua con vosotros. Rindo mil gracias á la bondad de mi Dios porque se dignó cumplirme estos deseos.* Veíase retratada en el semblante del Santo moribundo toda aquella alegría que causa la esperanza de una vida eterna y bienaventurada. Consolaba á su querido amigo y á todos los demás: *Cuidad vosotros de mí, los decia, que si Dios me hace misericordia, yo cuidaré de vosotros. Harámela sin duda, porque he creído en él, en aquel á quien todas las cosas son posibles. Amé á mi Señor, y os amé á vosotros: la caridad no se acaba.* Levantando despues los ojos al cielo, dijo: *Mi Dios, guárdalos en vuestro nombre, no solo á los presentes, sino á todos los que trajisteis á vuestro servicio por mi ministerio.* Entretúvose despues un poco con su Dios, y envió á descansar á sus hermanos. Hácia la media noche volvió á su celda la comunidad con muchos abades que habian concurrido á Claraval noticiosos de su peligro, y todos rezaban al rededor del santo prelado, que saltaba de gozo porque iba á salir de este destierro. Así murió el santo obispo Malaquías, legado de la Silla apostólica, á los cincuenta y cuatro años de su edad, en el lugar y en el día que habia deseado, llevada al cielo su alma por los santos ángeles, habiendo espirado en manos de S. Bernardo y de sus hijos. Todos tenían clavados los ojos en él, y ninguno pudo advertir cuando espiró: tan parecida fué su muerte á un dulce sueño. El rostro quedó con bellissimo color, dejando el alma en el cuerpo aquel vestigio de la alegría de los Santos, á cuyo espectáculo cesaron las lágrimas, y se apoderó el gozo y el consuelo de todos los corazones. Dispusieronse los funerales, y se cantó la misa con fervorosa devoción. Entre los que concurrieron á su entierro habia un mozo paralítico de un brazo: mandóle acercar S. Bernardo, tomóle la mano, y tocósele á la del santo obispo. ¡Cosa admirable! al punto se le restituyó á su estado natural, y era, que, como dice el Apóstol, todavía vivía en el muerto la gracia de la salud.

SAN ERMENGOL, OBISPO DE URGEL.

SAN Ermengol, decoroso ornamento del órden episcopal, uno de los mas célebres prelados que han florecido en la Iglesia de España, nació en la provincia de Cataluña de las ilustres familias que ennoblecieron este principado; pues segun nos dicen

algunos escritores, fué su padre D. Suñer conde de Urgel, hermano de D. Borrell conde de Barcelona, los que por D. Wifredo llamado el Velloso primer conde de Barcelona, que casó con Widinela condesa de Flandes, traian su descendencia del emperador Cárlos Magno. Dieron sus padres á Ermengol una educacion tan propia de su piedad como de su distinguido nacimiento, y habiéndole buscado los mas hábiles preceptores para que le enseñasen toda clase de bellas letras, como se hallaba dotado de unos talentos estraordinarios, hizo en muy breve tiempo grandes progresos así en las ciencias como en las virtudes. Abrazó el ilustre jóven la carrera eclesiástica con el noble objeto de dedicarse enteramente al servicio del Señor, y luego se distinguió en el nuevo estado por la arreglada circunspeccion de sus costumbres, por su singular piedad y por su grande sabiduria, haciéndose por lo mismo amar y respetar de todos.

Vacó la cátedra episcopal de Urgel por muerte de D. Psalla que sucedió por los años 996, y como las eminentes virtudes de Ermengol eran tan conocidas en todo el principado de Cataluña, se hizo la eleccion de sucesor del difunto en la persona del Santo por consentimiento universal de todo el clero y pueblo. Aceptó Ermengol el ministerio no con otro fin que el de ser útil á la Iglesia; y por lo mismo la nueva dignidad solo sirvió para aumentar su fervor, y para que se dejase ver en ella como un modelo de los prelados perfectos que exige el Apóstol en el candelero de la Iglesia: en efecto, su zelo no podia ser mas vivo ni mas prudente, su caridad mas universal ni mas benéfica, ni su solicitud pastoral mas activa ni mas dichosa.

Conoció el santo prelado el grande bien que resultaria á su iglesia en que se observase en ella la vida comun, y como sus deseos no eran otros que proporcionar todos los medios para lo mejor, la estableció en su cabildo; dejándole para que se mantuviese con decencia la villa de Guisona con su territorio, los castillos de Piedrarua, el de Fontaneda y el de Cornellan con todas las posesiones pertenecientes á ellos; mandando en su testamento á los canónigos presentes y por venir bajo la pena de escomunion, que despues de su muerte no comunicasen con el obispo, sin que jurase antes sobre el ara, de que no inmutaria la vida comun que habia instituido. Quiso tambien el ilustre prelado que el oficio divino se celebrase con majestad, que el templo estuviese ricamente adornado, y que todo lo que sirviese al altar fuese precioso, y para ello dió á su iglesia muchas riquezas, y le cedió por su última disposicion los predios que tenia en el condado de Ozona, en Castell, Edral, Solsona, Alberaig, y en el lugar llamado Piedra.